

El indigenismo y el caso boliviano

Juan Claudio Lechín

LA ELECCIÓN DE EVO MORALES A LA PRESIDENCIA DE BOLIVIA HA SUSCITADO un inmenso interés respecto a su condición de primer presidente indígena de la historia de Bolivia. Los medios internacionales consideran que viene a redimir a su pueblo de 500 años de esclavitud y oprobio, y, consiguientemente, lo han colocado a la altura histórica de un Mandela. Ante el vacío ideológico global, el gancho mediático del curioso *sweater* de Evo le ha creado, a él y al indigenismo, simpatías posmodernas basadas en el retorno a lo auténtico y con un contenido dejado al imaginario de cada quién.

Debemos recordar que los precursores de los modernos indigenólogos son españoles del siglo XV y XVI, del Descubrimiento y de la Conquista. El encuentro ibérico con una colectividad compleja y con formas artísticas y científicas refinadas, fue desplazando el concepto europeo del salvaje, un ser de incontrolables instintos primitivos, por el de *buen salvaje*, cargado de virtudes cristianas. Aunque aztecas e incas fueran imperios con toda la violencia y crueldad inherentes a todo imperio, la visión del buen salvaje prevaleció gracias a los teólogos, sobre todo, franciscanos mexicanos del siglo XVI, que quisieron ver en el Nuevo Mundo un lugar propicio para dar curso a los verdaderos valores católicos frente a una Europa pervertida y alejada de la pureza que proclamaban.

Muchos pensadores españoles (el padre Vitoria, Diego Durán, el jesuita Suárez, Bartolomé de Las Casas y Sepúlveda en su controversia) se ocuparon del tema. Este momento del pensamiento español es, sin duda, la primera declaración de derechos humanos de la modernidad, sobre todo, de honda preocupación por los derechos del diferente derrotado. Con el tiempo, estas concepciones quedaron enraizadas en la cultura ibérica, sobre todo, en el clero y en la administración, más que en el vulgo indiano¹.

Del triunfante mundo germánico liberal, Francia e Inglaterra, nuestros próceres independentistas importaron la opinión de una España devastadora y necia, justificación oportuna para deshacerse, sin culpas, del Rey. Esta opinión, blandida durante la guerra de la independencia como consigna militar para amalgamar y enfervorizar al propio bando, perdura hasta hoy, ya no como eslogan de combate sino como un parecer indiscutible y verdadero. Ello, a pesar de que, durante el proceso independentista, hubo connotados caciques indios que tuvieron una destacada y muy equilibrada actuación

en aquellas aciagas temporadas. Tal fue el caso, citado por el *Colorado* Ramos en su *Historia de América Latina*, de Dionisio Inca Yupanqui, que acude a las Cortes de Cádiz como diputado americano y hace una brillante y profunda reflexión de los sucesos.

Sin embargo, desde sus inicios, la República fue más cruel con los indios. Para el Libertador Bolívar fueron invisibles como pueblo-ciudadano, que era el paradigma ideológico que traía de las revoluciones francesa y norteamericana. No bien llega a Bolivia, deroga los cacicazgos indígenas, la elite de esas naciones, inspirado en la ideología liberal pura de destruir los aborígenes cualesquiera que estos fuesen. De un plumazo convirtió a todos los indios en indios rasos, sin mandos que mediaran con las elites oficiales. Hacia 1870, el presidente Melgarejo, también liberal, les quita a los indios las tierras tradicionales que España les había respetado. En Argentina y Chile, el mismo liberalismo, simplemente, eliminó a los indios, emulando el acto civilizador realizado por los norteamericanos. Si este exterminio no se dio en Bolivia no fue por falta de estandartes ideológicos que lo proclamaran, sino porque la mayoría india constituía la mano de obra del sistema semifeudal boliviano y la que pagaba los impuestos al Estado.

Un dato curioso, pero significativo, es que hasta hoy los indios se bautizan con nombres del santoral católico colonial como Nemesio, Dionisio o Tiburcio, o bien con nombres americanizados como Johnny, Jenny o Usnavy, pero es infrecuente que usen los nombres heredados de la República como José Antonio, Juan Alejandro, Álvaro. Si las elites son las que entregan al país una pedagogía, en el inconsciente indio hay reticencia por emular a la elite republicana. Aún en la actualidad, los campesinos ricos hacen sus casas con patio central a la usanza de la arquitectura colonial o al abigarramiento contemporáneo, pero no se inspiran en la estética republicana. Aunque no expresado oralmente, el repudio del indio por la República es más fuerte que por la colonia o por la actualidad.

A principios del siglo XX, y sin explicitarlo así, se reedita en Bolivia la discusión entre Bartolomé de las Casas y Ginés de Sepúlveda, ahora entre Alcides Arguedas, pro-civilizador blanco, y Franz Tamayo, que consideraba al indio moralmente superior y, por ello, merecedor de regir los destinos de la Nación. Simultáneamente, en el Perú sucedía algo parecido: González Prada atacó la sociedad formal a favor del indio y José Carlos Mariátegui, a pesar de su señero pensamiento marxista, hizo una mezcla y tomó al indio como la identidad peruana, y a su comunidad como modelo. En general, el marxismo arribó al continente para señalar la antigua división, de tal manera que el indio lascasiano o bárbaro liberal, o raza moral de Tamayo, resultaba ser el proletariado marxista, en tanto que el burgués era el blanco civilizador liberal de Sepúlveda y de Arguedas. Como un perverso juego de espejos, la división racial, que es también una división social, se mantendría inalterable a través de los siglos hasta hoy, sólo que con distintos nombres. Y el encono, en Bolivia y otros países del continente, sigue intacto. En el interregno, se creó, en 1941, el Instituto Indigenista Boliviano, dependiente

del Ministerio de Educación y Cultura, con propósitos asistencialistas, pero a la par se produjeron varias sublevaciones indias y las consiguientes masacres, como la de Jesús de Machaca en 1943.

El populismo del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) propuso el llamado *pacto de clases*, y lo indio, luego de la revolución de 1952 pasó a ser la imagen política oficial de la identidad nacional, del rescate de tradiciones. El indio fue beneficiado por la reforma agraria, volviendo a obtener sus tierras de origen. Empero, su acceso directo al poder estuvo mediado por los poderosos sindicatos mestizos y por el MNR, que lo usó como masa política de sostén.

Hacia fines de los 60 y luego del intento guerrillero de Che Guevara, algunos intelectuales indios empezaron a rescatar la indianidad pura. Pero es en la década del 70, con Silvia Rivera Cusicanqui y con el jesuita Xavier Albó, que lo indio, sus sublevaciones y comportamientos diferenciados de lo occidental, empezaron a ser estudiados con rigor. Una reunión india emite en 1973 el Documento de Tiwanaku, donde anotan las reivindicaciones de su raza, que servirá para inspirar varios movimientos políticos de poca relevancia, pero impetuosos, como el MITKA (Movimiento Indio Túpac Katari) y el MRTK (Movimiento Revolucionario Túpac Katari), éste último liderado por Genaro Flores que, junto a la Central Obrera Boliviana, unificaría al movimiento indígena-campesino (palabras casi equivalentes), en una confederación única de trabajadores campesinos, la CSUTCB. El rescate del nombre del cacique aymará Túpac Katari, que había combatido contra la administración española en el siglo XVIII, es un puntal de la indianidad, aunque mitológico. Katari nunca se opuso al Rey ni al orden monárquico, sino a las medidas que perjudicaban el poder de su cacicazgo indígena.

Hacia el tercer cuarto del siglo XX, amén de los pensadores bolivianos, el indigenismo y los nuevos teóricos crecerán gracias al empuje de las academias anglosajonas. Para estos, la presencia del indio vivo, de carne y hueso, hizo brotar su sentimentalismo, en tanto que los fantasmas de los exterminados en sus territorios no los convocaron a un acto de contrición. El inglés Tristan Platt fue uno de los teóricos extranjeros más renombrados. Con el tiempo y bajo el auspicio de las ONG, surgirían varias agrupaciones indígenas, entre ellas, la CIDOB (Centro de Indígenas del Oriente Boliviano), la CONAMAQ (Congreso Nacional de Marqas² y Ayllus), entre otras muchas.

La llegada del pensamiento antropológico de las academias europea y norteamericana, ordenaron y sistematizaron (a veces imaginaron) un pasado milenario, nostálgico e impreciso del indio, pero también colaboraron con el rescate de su historia, de sus contenidos culturales, usos y costumbres y exaltaron su pobreza, a la que había sido relegado por un sistema nacional excluyente. En esas décadas, el indigenismo ya no fue simple objeto de estudio sino que se fue convirtiendo en una bandera racial de reivindicación combativa. Con la Reforma Educativa de los años 90, la pedagogía boliviana emprendió la factura de textos escolares en lenguas nativas, sobre todo, aymará y quechua, pero esto no amainó la efervescencia política que ya se había instalado en estos grupos.

Con respecto a la lengua aymará, vale la pena mencionar el importantísimo aporte del profesor boliviano Iván Guzmán de Rojas, quien descubrió que el idioma aymará contiene un tercer valente lógico entre el «sí» y el «no» clásicos de las lenguas de Occidente, que es el *inaj*: «puede que sea o puede que no sea», y que esto, imbricado en los sufijos y en todo su idioma, produce una lengua y un pensamiento trivalentes (con tercer elemento lógico), entregando una lógica —valga la redundancia— con aplicaciones filosóficas, científicas y cibernéticas. Con la injerencia antropológica, el término «indígena» se impuso sobre el tradicional nombre de «indio». Se trató de un nuevo bautizo, tan frecuente en el continente, una forma rebuscada para que, al igual que en EE. UU. llaman «afroamericanos» a los negros, no tuviera la atribución de insultar. Sin embargo, «indígena» es un vocablo de gentilicio absolutamente minusválido para referirse a una colectividad tan rica porque su artículo es neutro (no tiene femenino ni masculino), no tiene diminutivo, ni aumentativo y le da a la poesía tradicional y a las crónicas coloniales un cierto hedor despectivo y una fuerte ajenitud con nuestra tradición identitaria. La obsecuencia académica, queriendo mostrarse benévola y redentora de una palabra ignominiosa, vuelve a dar como resultado la confusión, porque estimula a emprender, como si fueran nuevas, las mismas gestas irresueltas a través del tiempo, sólo que con otros nombres. Y esto, en lugar de resolver el problema, lo instiga, pues huye de lo que es relevante y esencial: ¿cómo enhebrar un grupo y otro, cómo llevarlos a la concordia, a la mutua complementariedad y a la realización de cada quién?

A principios de la democracia «neoliberal» (1985), el indio Felipe Quispe, *El Mallku*³, con un grupo de jóvenes, entre ellos Álvaro García Linera, el actual vicepresidente de la República, formaron un grupo irregular con el nombre de EGTK (Ejército Guerrillero Túpac Katari), los que, luego de algunas acciones irregulares, fueron apresados y pronto liberados sin condena. Una vez libre, *El Mallku* realizó un intenso trabajo político de reivindicación de lo indio en la provincia Omasuyos (norte de La Paz), y en 2000 logró bloquear todo el departamento por casi un mes.

En todo este tiempo, en el espectro político boliviano las tendencias indigenistas habían ido brotando como hongos, desde las más radicales, que abogaban por el rescate del imperio perdido y el exterminio de los blancos, hasta los más moderados, como Víctor Hugo Cárdenas y Pedro Portugal, quienes proponen complementar sus culturas con el desenvolvimiento occidental de la Nación.

Isaac Deutsch sostiene que la Alemania del siglo XVIII también apeló a la recuperación de su imperio perdido y a la pureza de su raza y sus tradiciones como baluartes de identidad nacional contra una Francia cuyo dinamismo y modernidad no podían emular. Su atraso los llevaba a exaltar sentimentalmente su Yo mítico para encubrir sus fracasos. Según Deutsch, esto incubó una conciencia colectiva que derivaría, un siglo y medio más tarde, en el nacionalsocialismo.

Desde 1989, Evo Morales y su sindicato cocalero avanzaron utilizando el lenguaje del sindicalismo clásico boliviano (legado de la Federación de Mineros)⁴, y retazos del de la izquierda ortodoxa. Recién en 2002, Morales se declaró indigenista. Su fina intuición política le hizo ver la enorme popularidad del indigenismo dentro de lo «políticamente correcto» a nivel internacional, al tiempo que le otorgaba las posibilidades de seducir al pueblo indio, cuyas asociaciones gremiales no le eran afines. Hoy presidente de Bolivia, Morales aparece como el portaestandarte del indigenismo continental y se proclama el primer presidente indígena de la historia de Bolivia, aunque ya Andrés de Santa Cruz y Calahumana, tan indio como él, gobernó el país desde 1830 a 1839, ello sin contar la vasta participación india en la historia de Bolivia, como la del propio Víctor Hugo Cárdenas que fue vicepresidente de la República (1994-1998), y de innumerables indios y mestizos aindiados en las esferas del poder formal.

El indigenismo da la impresión de un enfrentamiento de lo tradicional premoderno contra la abrumadora y decadente modernidad de las patrias metropolitanas, olvidando, en esta flagrante división, que tanto el criollo blancoide como los claramente mestizos y el mundo indio son todas instancias premodernas del pensamiento y de la acción, aunque en grados diferentes. Pero, a pesar del cuadrículado que hacen los teóricos sobre la dualidad indio-blanco, tradicional-occidental, lo cierto es que ambos y sus variaciones mestizas son premodernos, sólo que pugnan por entrar a la modernidad de la manera y según las posibilidades que les brinda una cultura ya mestiza. El ilustre filósofo boliviano H.C.F. Mansilla dice al respecto:

«El indigenismo moderado en Bolivia, y las tendencias autoctonistas en general, pretenden una síntesis entre el desarrollo técnico-económico moderno, por un lado, y la propia tradición en los campos de la familia, la religión y las estructuras socio-económicas, por el otro. Es decir, aceptan acriticamente los últimos progresos de la tecnología, los sistemas de comunicación más refinados provenientes de Occidente y sus métodos de gerencia empresarial, por una parte, y preservan, por otra, de modo igualmente ingenuo, las modalidades de la esfera íntima de las pautas políticas de comportamiento cotidiano y las instituciones políticas de herencia histórica»⁵.

En esta rápida revisión de una historia más larga, vemos que el indigenismo es una antigua reivindicación que va desde lo ideológico hasta lo político pasando por lo moral, pero que es un tema en desarrollo y todavía receloso. Evo Morales, por su parte, lejos de ser un auténtico representante de la indianidad, la ha manipulado de manera instrumental, pues en la práctica está más ligado —así lo muestra la conformación de su gabinete— a los marxistas ortodoxos, quienes, cuando esta ideología brilló en la década de los 70, no tuvieron relevancia alguna en la política nacional, salvo episódica, pero ahora, una vez en el poder, buscan hacer una dictadura, no del proletariado ni del indigenismo sino, como siempre sucedió con este patrón, la del caudillo y su entorno político.

Las técnicas efectivas de Evo Morales para apoderarse de la institucionalidad boliviana provienen del formato venezolano de Hugo Chávez, a su vez inspiradas en las cubanas de Castro, que han terminado por formar un eficiente manual: convocar una Asamblea Constituyente mientras se tenga un alto grado de popularidad, convocar a rápidas y nuevas elecciones generales y, gracias a la flamante Constitución amañada, prolongar su mandato por tiempo indefinido. Ahora bien, es innegable que, a partir de Evo Morales, lo indio, en tanto que simbólico, se habrá instalado con mayor fuerza en la conciencia de la Nación, aunque en los hechos, el indio, hoy como antes, vuelva a ser utilizado como peldaño político, como turba de choque.

Sin importar las acciones violentas instigadas por el gobierno de Evo Morales, el permanente discurso de confrontación, las divisiones regionales que profundiza y la manipulación de los menesterosos, la intelectualidad de «izquierda» insiste en mirar sus ensoñaciones y no la realidad, y, consiguientemente, juega a los dados apostando que el gobierno de Evo Morales, finalmente, redimirá a esta postergada colectividad india.

NOTAS

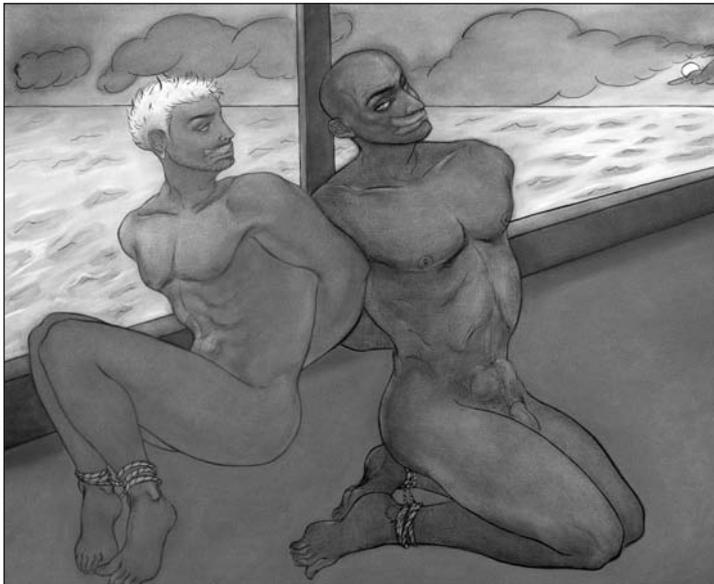
1 Indiano: español habitante de Las Indias.

2 Marqa: zona geográfica o pueblo.

3 Mallku es el rey de los cóndores.

4 FSTMB (Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia.)

5 Mansilla, H.C.F.; «La tensión entre tradiciones particularistas y modernas coerciones universalistas: el caso boliviano»; artículo editado por el CEBEM en Bolivia.



The last blues.
(Tríptico/Parte II. Serie: El Thriller).
Óleo sobre tela, 120 x 140 cm. c/u, 2006.